

Musacchio sobre Granados Chapa

Ética y periodismo

Guadalupe Alonso

Hay amistades que se forjan al calor de las complicidades y las batallas. Tal es el caso de Humberto Musacchio y Miguel Ángel Granados Chapa, dos de los periodistas más destacados de nuestro tiempo, quienes han combatido, desde sus respectivas trincheras, por un periodismo más justo y democrático. Guadalupe Alonso conversa con Musacchio con motivo de la aparición de su libro Granados Chapa. Un periodista en contexto.

“Largos tramos de mi vida profesional los he caminado con Miguel Ángel Granados Chapa”. Así comienza Humberto Musacchio este relato de vida, una mirada acuciosa y afectiva a uno de los periodistas más notables del México contemporáneo. Compañeros de batalla, ambos con cuarenta años de ejercer el oficio del periodismo, el libro de Musacchio (*Granados Chapa. Un periodista en contexto*, Planeta, México, 2010) no sólo recoge las anécdotas y los momentos fundamentales en la trayectoria de Granados Chapa, revela también las pasiones, las adversidades y los avatares de un gremio que fue testigo de una época definitiva en la historia del periodismo mexicano. En esta crónica que va de los años sesenta a nuestros días, destacan dos momentos: el golpe a *Excélsior* y el asesinato del periodista Manuel Buendía. Vivencias que compartieron ambos y que marcaron ese tramo que han caminado juntos.

Perteneces a esa estirpe de periodistas que se hicieron en las calles, en la redacción. ¿Cómo fue esa experiencia?

Soy un periodista empírico. Empecé a escribir de manera profesional por marzo de 1969 porque después del movimiento del 68 me di cuenta de que me había quedado sin nada: sin casa, sin dinero, sin empleo, sin ropa. Había que ganarse la vida de alguna manera y el periodismo es muy generoso con los que somos malos estudiantes. Estaba en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM y comencé a escribir en el suplemento de *El Nacional* que dirigía Juan Rejano. Hacía reseñas de libros, un género entonces muy socorrido, ya casi en extinción. También colaboré en la página cultural de *El Día* y en fin, ahí me fui encarrilando. También publiqué en una revista que se llamaba *Caballero* —era de señoritas de poca ropa— un ensayo sobre la reforma universitaria por el que me pagaron mil pesos; era una fortuna.

Soy una persona sin recursos, lo era entonces, lo soy ahora. Soy hijo de una sinaloense de la selva. Mi madre nació en el Palmar de los Sepúlveda, un lugar que está en las estribaciones de la Sierra Madre. Mi padre era un inmigrante italiano que para mi desgracia no hizo for-

tuna. La vida ha sido dura. La infancia, la adolescencia fueron muy difíciles.

¿Cómo viviste la experiencia del 68?

Puedo decir que el 68 lo viví a todo vapor. Boté el trabajo, me metí a vivir en la escuela, la ahora Facultad de Economía. Allí dormía, comía, me bañaba, de ahí salía con las brigadas, organizaba trabajos dentro de la escuela y también la estancia de quienes vivíamos ahí —que éramos bastantes—, todos los que decidimos asumir el movimiento de manera total.

Me tocó ir hasta Tlatelolco el 2 de octubre. Iba con mi novia, lamentablemente no pudimos salir de la explanada, nos quedamos en el centro, en medio de la balacera, entre heridos y muertos, yo mismo estaba debajo de unos cuerpos y encima de otros más. Eso sólo se explica por el terror del momento.

Una experiencia de ese calibre lógicamente nos marca de por vida. Hasta el día de hoy seguiré lamentando que los grandes asesinos del 68 vayan muriendo en su cama, tranquilos, sin ningún problema, mientras que nosotros tenemos que contabilizar nuestros muertos, nuestros presos, nuestros torturados. Creo que éste es un mundo muy injusto y el país me parece que lo es más todavía.

También es lamentable que una experiencia como la del 68 se recuerde, sobre todo, por su lado trágico, por el crimen, por el horror, por el día de aquella matanza que ordenó Díaz Ordaz. El 68 fue mucho más que eso, fue una fiesta libertaria que vivió mi generación, que cambió al país, que le dio nueva música, nuevas artes. Ésa es la grandeza del 68.

¿Fue en esa época cuando comenzaste a abrirte paso en las páginas de los diarios?

Después del 68, como te decía, me quedé sin empleo, sin casa, sin ropa y me fui a vivir a casa de Manuel Blanco. Dormía en un cuarto anexo a la casa, en una covacha. Allí fuimos llegando varios amigos, todos náufragos del 68. Uno de ellos nos impulsó a mandar reseñas de libros a los periódicos, así comenzamos en *El Nacional*.

Empecé así a hacer carrera en el periodismo. En 1971 dirigí la sección cultural de *El Universal*. Después, ahí mismo, una sección juvenil. Me tocó cubrir el concierto de Avándaro, que también fue un acontecimiento extraordinario de mi generación. Antes había sucedido la matanza del 10 de junio, pero en aquellos tiempos era muy difícil escribir sobre temas políticos. Vivíamos en un país donde lo que no estaba prohibido era obligatorio, entonces era muy complicado hacer periodismo independiente, crítico.

En tu trayectoria te has mantenido fiel a una postura, te has consolidado como un periodista independiente, lo cual no debe ser fácil si pensamos justamente en la línea que



Miguel Ángel Granados Chapa

imponen los medios y el gobierno. ¿Es posible hoy en día ser un periodista independiente en México?

Para mí, con todos sus problemas, ha sido posible. Claro, con periodos difíciles. Uno suele chocar con los intereses del medio para el que trabaja, con la línea editorial, pero mi generación de periodistas, eso hay que decirlo, ha ido ampliando los espacios de la libertad de expresión. Sí era muy difícil hace unos años decir cualquier cosa adversa al gobierno, creo que ganamos, a fuerza de persistencia, el derecho a criticar abiertamente al presidente de la República, al ejército y a la institución que se nos ponga enfrente. Nadie nos regaló ese derecho, lo ganamos. Y lo ganamos con el apoyo popular. A partir de 1994, con la irrupción del zapatismo y los grandes crímenes políticos —cuando asesinan a Luis Donaldo Colosio, candidato del PRI, y a Ruiz Massieu, que iba a ser dirigente del PRI en la Cámara de Diputados—, las cosas cambiaron. Como que el gobierno perdió el control. Coincidió también con un auge de la radio que se inicia en 1985. Las condiciones de la libertad de expresión se fueron dando de esa manera, a fuerza de ganarlas, de practicar la libertad de expresión pese a lo que fuera.

Perteneciste al Partido Comunista. ¿Cómo fue esa historia?

Muy digna de orgullo para mí. Militar en el Partido Comunista era sacrificar la seguridad, la nuestra y la de la familia. Había que sostener ese partido de nuestro bolsillo en beneficio de esa causa de la cual estábamos convencidos. Éramos un grupo que estudiaba mucho, queríamos un cambio radical para este país y el cambio, lamentablemente, salió por la derecha.

¿Hacia dónde te moviste después de El Universal?

Después de aquella experiencia colaboré durante varios años en *Ovaciones*. Trabajé en oficinas de prensa, hacía trabajitos de corrección, de redacción y a fines de los



Gabriel García Márquez con Carmen Lira, Carlos Payán, Humberto Musacchio, Miguel Ángel Granados Chapa y Vicente Rojo en los días previos a la salida del primer número de *La Jornada*, septiembre de 1984

años setenta entré a *unomásuno*, que acababa de arrancar. Era el periódico que había soñado para este país, un periódico diferente, al servicio de la sociedad, con opinión muy informada de gente de izquierda, con una orientación en la parte informativa muy seria, rigurosa. Entré a trabajar a la mesa de redacción, una experiencia de la que carecía. Aprendí el oficio de la corrección de estilo, de “cabecero”, recorrí prácticamente todas las secciones. Entre 1979 y 1983 fui jefe de la sección cultural, luego jefe de redacción, hasta que nos salimos para fundar *La Jornada*.

¿Fue un momento definitivo en tu vida?

Fue un episodio que nos obligó a trabajar mucho. Salimos sin un centavo de *unomásuno* y nos propusimos fundar otro periódico. Si uno lo ve en frío, era algo absurdo. No se puede fundar un periódico sin dinero. Lo que hicimos fue pedir ayuda pública. Hicimos una primera reunión el 29 de febrero de 1984 en el Hotel de México. Publicamos un anuncio a una plana en *Proceso*, que Julio Scherer nos dio a crédito. La reunión fue muy exitosa. Asistieron más de cinco mil personas que pagaron un boleto de ocho pesos por ir a escuchar que queríamos hacer un periódico. Todo suena como absurdo, sin embargo funcionó bien y allí mismo empezaron a suscribirse acciones. Me resulta curioso que una revista tan importante como *Proceso*, donde anunciamos esa reunión, no haya dado a sus lectores la información de que la reunión había sido un éxito. Es de las cosas

que contradicen la grandeza de Julio Scherer, pero en fin, son manchas en el tigre.

¿Habría algunos rencores por ahí?

Bueno, hay que recordar que el equipo de *Proceso* hubiera querido hacer un diario y nunca lo hizo. Nosotros sí lo hicimos. El periódico salió el 19 de septiembre de 1984. Costó mucho trabajo, pero marchó y demostró que respondía a una necesidad social.

Salí un año después y los siguientes cuatro los dediqué a hacer el *Diccionario Enciclopédico de México, Milenios de México*. Un trabajo muy pesado, pero muy interesante. Al terminar, comencé a colaborar en *El Financiero* y en 1992 dirigí el suplemento cultural *Comala*.

Publicaste más tarde la Historia del periodismo cultural en México. Ahí se revelan aquellas épocas en las que proliferaban las revistas y suplementos de cultura, y había debate. Hoy eso ya no sucede. ¿Qué ha pasado con el periodismo cultural en México?

Hay una especie de aletargamiento en el periodismo cultural mexicano. No hay aquellos grandes debates de otras épocas. Cada publicación se ha atrincherado y se alimenta más o menos de lo mismo. No hay intercambio de ideas y eso me parece que empobrece la vida cultural. En fin, esas cosas han ocurrido también en otras épocas en el periodismo mexicano y se superan. Ahora, sí me parece muy sintomático que hoy, que el país está



Héctor García, Humberto Musacchio, Enrique Bordes Mangel y Miguel Ángel Granados Chapa en la presentación del libro *Fotografía de prensa en México* en la Asociación de Corresponsales Extranjeros, 1992

tan profundamente dividido, también las publicaciones culturales lo estén.

Alfonso Reyes ha sido una lectura constante y motivo del libro Alfonso Reyes y el periodismo.

He leído a Alfonso Reyes desde hace cuarenta años, cuando comencé a escribir de forma profesional. Hasta entonces empecé a conocerlo. En ese tiempo las obras completas de don Alfonso iban apenas en los primeros tomos. Me deslumbró la sencillez con la que escribía, la gracia con la que podía decir las cosas, su erudición. Era un hombre que hablaba de todo y de todo sabía. Hablaba bien, con una sonrisa. Su literatura tiene una sonrisa que la recorre de principio a fin. Leer un texto de Alfonso Reyes es como tomar un postre. Lo que uno pesque, en donde abra un libro de él, uno se va a encontrar con algo hermoso, grato y, sobre todo, con una especie de provocación intelectual, pero suave. No era un hombre que golpeara al lector, al contrario.

De Alfonso Reyes he leído muchas cosas, pero lo que más me gusta es su periodismo, el periodismo que hizo en España en años muy duros para él. Hay que recordar que va a Europa con un cargo diplomático, cambia el gobierno en México, se queda sin empleo, consigue alquilar una buhardilla para él y su familia y cuenta que se metía papel periódico en el pecho y en la espalda para soportar el frío mientras estaba escribiendo. Hacía de todo: correcciones, lo que llamamos trabajo de negro, esto es, escribir libros que otros firmaban; en fin, lo que

le pidieran para poder ganarse la vida. Ese Alfonso Reyes me fascina, es el Alfonso Reyes que escribe artículos que son una delicia y, entre ellos, me encontré algunos que hablan del periodismo. Me propuse juntarlos, hice una antología con sus textos sobre periodismo, sobre comunicación. Hay algunos que son visionarios. Habla de temas que apenas se empezaron a tratar en los años setenta en el mundo. Es un adelantado. Cuando uno lo lee con cuidado, se da cuenta de que en México teníamos a un genio. No en balde fue propuesto varias veces para el Premio Nobel.

Tu más reciente trabajo es también sobre un periodista, Miguel Ángel Granados Chapa. ¿Cómo fue tu encuentro con este compañero de batallas?

Lo conocí primero como lector. Él escribía en *Últimas Noticias*. Luego, a fines de 1972, junto con un grupo de compañeros, hice algunos trabajos que desembocaron en la fundación de la Unión de Periodistas Democráticos. Sobre esto conversé con Miguel Ángel en varias ocasiones, para mantenerlo al corriente. Nos interesaba mucho que participara. El día de la asamblea constitutiva, cuando se integró el primer comité ejecutivo, el que tomó la protesta fue Miguel Ángel Granados Chapa. Froylán López Narváez, uno de mis amigos más entrañables, también tuvo una participación activa. Más adelante, con todos los problemas que tenía *Excelsior*, y nosotros como parte de la mesa directiva de la Unión, Miguel Ángel y yo nos mantuvimos en contac-

to, porque me interesaba tener información de primera mano de lo que pasaba: la agresión de los peones de Luis Echeverría. Estuve muy cerca de él todos esos meses hasta su salida, cuando convocaron a la reunión en el Hotel María Isabel para recaudar el dinero con el que fundaron la revista *Proceso*. Nosotros colaboramos en todo lo que fue posible, fuimos la única organización del gremio que se reunió para protestar por el golpe a *Excelsior*, ninguna otra lo hizo. Es una de esas tristezas del periodismo mexicano. También estuvimos muy unidos cuando ya estaba por salir de *Proceso* y se fue a *Cine Mundial*. Allí empezó su *Plaza pública*, en ese periódico de poca importancia que vivió su mejor época gracias a la columna de Granados Chapa. Después nos encontramos en *unomásuno*, donde luego de unos meses fue nombrado coordinador editorial. Allí trabajamos juntos y lo hicimos de manera muy armónica.

Es interesante el retrato que haces de Miguel Ángel en el libro. No sólo es la mirada de un colega sino la de un amigo cercano. Hay anécdotas que lo pintan de cuerpo entero.

Miguel Ángel no es monedita de oro. Hay gente que no lo quiere, pero también tiene un cartel considerable en el gremio y fuera de él. Es el mejor periodista de mi tiempo. Me siento muy orgulloso de haber participado con él en diversas etapas. Fundamos *La Jornada*, coincidimos en *El Financiero*, compartimos las páginas editoriales de *Reforma*. Es un orgullo ser su contemporáneo y lo digo sin que me cause dificultad reconocerlo. Creo que cada uno de nosotros tiene sus propias características.

Una de las virtudes que más destacas de Miguel Ángel en este libro es su honestidad.

Es de una honestidad impoluta. Cuento en el libro varias anécdotas. Cuando estábamos trabajando para la fundación de *La Jornada*, yo me quedé sin zapatos. Traía unos tenis rotos y andábamos sin un centavo. A Miguel Ángel le acababan de publicar un libro sobre un personaje hidalguense y le pagaron por adelantado la edición. Le pedí prestado para comprarme unos zapatos. Me acompañó a la zapatería a comprarlos y ya nos íbamos cuando él pide también un par. Se los prueba, se los amarra y la señorita que nos atendía levanta los que traía puestos y le pregunta: “¿Éstos quiere que se los envuelva para que se los lleve?”. Y muestra los zapatos con dos enormes agujeros en la suela. Creo que eso habla bien de Miguel Ángel. No es alguien a quien el dinero pueda significarle una tentación. Su casa, el departamento en el que vivía en aquellos años, estaba en la Colonia Postal, frente al Circo Atayde. Era un lugar muy modesto.

Otra de sus virtudes, lo vemos todos los días en su Plaza pública, es su apego a la legalidad.

Por esa razón Elena Poniatowska lo llamaba en broma el “notario”, también le decían “el señor Constitución”. Hizo dos carreras, Periodismo y Derecho en la Universidad Nacional. Ese sello de su paso por la Facultad de Derecho, aunque nunca ha ejercido como abogado, está muy presente en sus artículos. Siempre hace referencia a la legalidad, sobre todo a la constitucionalidad.

Su capacidad de escribir es otra faceta que habría que destacar. En el libro cuentas que cuando era necesario podía escribir diez o veinte Plazas públicas de una sentada.

La capacidad de trabajo de Miguel Ángel siempre me ha parecido asombrosa. Es un hombre que duerme de dos a cuatro horas, lee mucho. Además de escribir su columna diaria en el periódico, con frecuencia escribía el editorial o reescribía la información principal del periódico. Cuando se iba de vacaciones dejaba adelantados sus artículos. A veces lo vi escribir en un día diez o quince *Plazas* y escribirlas tan bien que el lector nunca se enteraba de que no estaba en México.

Ha sido además un defensor de la libertad de expresión, el derecho a la información. Un momento ejemplar de ello fue aquel discurso —que reproduces en el libro— cuando recibe el Premio Nacional de Periodismo en 1981.

Ha sido un promotor del derecho a la información, el frustrado derecho a la información. Publicó muchos textos sobre eso en revistas, en periódicos. Es un periodista que está en lo suyo en cualquier momento, en cualquier escenario.

¿Qué fue lo que te llevó a escribir este libro?

Como todos los que escribimos, tengo muchos proyectos de libros y uno de ellos era escribir uno sobre Miguel Ángel Granados Chapa. Para mí Granados Chapa es como el Francisco Zarco del siglo xx. Francisco Zarco en el siglo xix es un periodista que escribe diario, que escribe bien, que dirige periódicos con acierto, que dice lo que quiere decir, ni más ni menos. Así es Miguel Ángel, es incapaz de insultar. Vaya que la tentación de insultar a veces es mucha. Así era Francisco Zarco. Yo le hallo muchos puntos de semejanza. Perteneció a una generación amplia de periodistas combativos, Miguel Ángel también, pero su talento me parece que lo hace *primus inter pares*.

Hay dos capítulos del libro que a mi juicio son fundamentales, el golpe a Excelsior y el asesinato de Manuel Buendía, un personaje central en la vida de Miguel Ángel.

Manuel Buendía era para Miguel Ángel una especie de figura paterna. Su padre biológico fue un personaje un tanto difuso para él. Encontrarse aquí en México con un periodista del relieve de Manuel Buendía, que ya había sido director de *La Prensa* y era un columnis-



En el lanzamiento de *La Jornada* en el Hotel de México (hoy World Trade Center) el 29 de febrero de 1984. Al centro, abajo, Miguel Ángel Granados Chapa con Octavio Rodríguez Araujo, José María Pérez Gay, Víctor Avilés, Miguel Ángel Velázquez, Carmen Lira, Ángeles Mastretta, Héctor Aguilar Camín, Humberto Musacchio y Cristina y Carlos Payán, entre otros

ta de ponendas, para Miguel Ángel fue muy estimulante. Además, Manuel Buendía apreciaba el talento de aquel chamaco. Miguel Ángel empezaba, pero ya con un profesionalismo, con una corrección a la hora de escribir que lo hacía muy apreciable para alguien que entendía de estas cosas como lo era Manuel Buendía. Se estableció entre ellos una relación muy estrecha. Cuando Miguel Ángel fue secuestrado por los gánsters de un grupo que se llamaba MURO —decían que actuaban en nombre de la religión, aunque el arzobispo de la Ciudad de México advirtió que la Iglesia de ninguna manera estaba de acuerdo con esas actitudes violentas y fascistas—, lo llevaron a las alturas de Contreras. Allí lo semidesnudaron y lo azotaron porque había escrito una serie de reportajes sobre el MURO que no les gustaron a estos señores. Como pudo, bajó a San Ángel. Desde allí se comunicó con Manuel Buendía y lo primero que le dijo fue: “Le tengo una exclusiva”.

Buendía era un hombre muy cercano a Miguel Ángel y le tenía mucho afecto. Le tenía un trato deferente, muy suave, porque también veía en él a una especie de hijo.

Entre las figuras que lo marcaron, no podemos dejar de mencionar a su madre. En el libro cuentas cómo lo impulsó.

Un caso extraordinario. Es una de esas mujeres mexicanas que contra viento y marea sacan a la familia adelante. Haberle dado educación a alguien como Miguel Ángel debe ser un orgullo para cualquier madre. Además un chamaco tan precoz, un memorista extraordinario. Miguel Ángel puede repetir de memoria prácticamente

todos los boleros mexicanos, es una especie de cancionero ambulante. Se sabe una cantidad enorme de poemas. Es un lector omnívoro. Es todo un caso Miguel Ángel.

A la vuelta del tiempo y tras estas grandes batallas que ha librado, entre ellas la enfermedad de los últimos años, apuntas en el libro que Miguel Ángel vive hoy uno de sus mejores momentos en el periodismo.

Creo que ningún periodista mexicano había sido tan laureado, tan reconocido como Miguel Ángel.

¿Qué lección nos deja en el periodismo?

Que vale la pena ser un periodista honrado. Vale la pena ser un periodista crítico. Para hacerlo, es indispensable leer, prepararse. Ésa es la gran lección de Miguel Ángel. Nada se da gratis, uno tiene que trabajar mucho por todo eso sin esperar recompensa. A él afortunadamente le han llegado esos reconocimientos, muy merecidos, pero su carrera ha sido dura y, sin embargo, la ha vivido con alegría. Así hay que vivir aquello que a uno le gusta, pese a todos los esfuerzos y sacrificios que pueda representar una carrera; si a uno le gusta, si ése es el mundo en el que quiere estar, hay que hacerlo.

Ha sido una figura entrañable en tu vida, como amigo y como colega.

Ha sido un gran amigo, un compañero ejemplar. Me emociona incluso que es una persona con la que siempre se cuenta; el compañero de una ética intachable. Ha sido un orgullo trabajar con él. **U**